

CONFUSION

«Hoy se han generalizado entre los católicos las críticas al Papa», dice el cardenal negro Rugambwa.

Y si el 96 por 100 de los franceses de más de quince años se han bautizado (y el 84 por 100 se declaran hoy católicos), sólo el 49 por 100 cree en la divinidad de Jesucristo y el 22 por 100 asiste asiduamente a la Misa dominical. La encuesta que acaba de hacer el Instituto Francés de la Opinión Pública (confirmación de la efectuada hace meses por la entidad privada S.O.F.R.E.S.) así lo demuestra.

Por tanto, hay que concluir que entre los católicos existe una verdadera crisis de Iglesia. Porque no estaríamos muy alejados de un resultado análogo en España —y en todo el mundo—, a juzgar por los datos y síntomas parciales que poseemos.

Todo esto tiene que ver con el simplismo con que hemos juzgado lo que era específica y esencialmente católico. Todo lo habíamos medido por módulos exteriores (bautizos, bodas, procesiones y entierros). Y hoy todavía seguimos haciendo lo mismo (Misa, obediencia ciega al Papa, creencia en una teología conservadora). Por eso, en un mundo mucho más crítico parece desmoronarse todo, y, sin embargo, sólo estamos conociendo de verdad lo que ya llevábamos antes en germen, o en nuestro oculto interior, pero nadie se atrevía a desvelarlo.

Estas confesiones cada vez más explícitas y que se presentan como alarmantes por su novedad, debemos analizarlas y reconstruir seriamente —a partir de ellas— nuestras convicciones católicas sinceras, no las inducidas sin reflexión personal. La obediencia ciega se aclara hoy —como hice en mis anteriores artículos— que no ha debido ser nunca la actitud específicamente católica, y, no obstante, lo mismo los protestantes que la mayoría de los católicos actuales así lo habían creído de buena fe.

Del mismo modo pienso que tenemos una imagen deformada de la infalibilidad del Papa, creyendo que se trata de una especie de oráculo misterioso parecido al del antiguo templo pagano de Delfos.

Y, aun después de deshecha tal imagen, seguimos creyendo que es nuestro único y principal marchamo de cara al mundo cristiano protestante u ortodoxo. Si preguntásemos, no por su convicción personal, sino por lo que estiman ser la enseñanza oficial de la Iglesia de todos los tiempos, la casi totalidad de los católicos afirmarían que éste es nuestro casi único distintivo religioso frente a otros cristianos.

Pero durante diecinueve siglos, los católicos no han sabido con certeza absoluta de fe que el Papa fuera personalmente infalible. Sólo cuando en 1870 lo definió el Concilio Vaticano I, bajo la fuerte influencia del Papa Pío IX, lo supimos los católicos con esa seguridad oficial. Y, aun así, han venido después varios teólogos e historiadores católicos a plantear decisivas cuestiones sobre el sentido de las palabras que definieron los 535 obispos de todo el mundo, reunidos entonces en la iglesia de San Pedro, en Roma.

La prueba está en que a nadie se le ocurrió tildar de herejes a los 88 obispos católicos que no votaron en el Concilio ese dogma, ausentándose antes del momento solemne de la decisión.

Como tampoco lo fueron todos los innumerables teólogos católicos que se habían opuesto, antes de esa fecha, a esta enseñanza tan tajante. En plena mitad del siglo XIX, el famoso teólogo jesuita italiano Padre Perrone todavía «se dirigía a los teólogos católicos que se manifestaban como adversarios de la infalibilidad» (ver Ch. Journet, *L'Eglise du Verbo Incarné*, T. I., ed. Desclée de Brouwer, París, 1955).

Y es que la historia de esos diecinueve siglos de ausencia de una definitiva y clara decisión solemne como la del Vaticano I es mucho más compleja que la imagen simplista que han descrito muchos manuales católicos, que han servido para la formación de los seglares o como alimento teológico de los seminaristas.

Nadie puede decir que no fueron católicos los grandes fautores del catolicismo en los primeros siete siglos de su existencia. Esos escritores eclesiásticos de altura —llamados Santos Padres— fueron los forjadores de la Iglesia y de nuestro pensamiento religioso básico. Y, sin embargo, «no hablan expresamente de la infalibilidad del Papa», como afirma con sinceridad L. Ott en su *Précis de théologie dogmatique* (París, 1955). «Y sería contrario a la historia imaginar que los Papas de los seis primeros siglos eran conscientes de los atributos de la Sede Apostólica con la precisión que se manifestó en Pío IX» (M. Zundel, *La Pierre Vivante*).

Ahora es una grave falta de perspectiva histórica querer hacer ver que «estos Papas pudiesen utilizar a fondo una autoridad cuyo supremo ejercicio escapaba a su perspectiva» (M. Zundel, o. c.).

La conciencia que los católicos han tenido del papel del Papa era esencialmente la misma en toda su historia. Pero, en mi opinión, no era la de la infalibilidad personal y minuciosa que se definió en el Concilio Vaticano I. Todos, durante diecinueve siglos, coincidieron en algo mucho más decisivo e importante: que Roma era la que «preside en la caridad» (San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos* a principios del siglo II).

Esa vital función, sin las concreciones de detalle manifestadas en el siglo XIX, es la que vivió la cristiandad durante casi toda su existencia sin necesidad de más. Y por eso, ¿se hundió acaso el catolicismo?, ¿y dejaríamos de llamar católicos a los que ignoraron esta enseñanza detallada hasta la Edad Contemporánea?

Es curioso, y debemos todos saber, que una cosa que aparece tan clara hoy en nuestros libros de apologética —como es el fundamento en el Evangelio de esta infalibilidad— fue ignorada durante tres siglos en el catolicismo primitivo. Porque incluso al hablar de la misión del Papa, «hasta comienzos del siglo III no se hace referencia a textos bíblicos» (O. Karrer, en *Panorama de la Teología Actual*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1961).

Y en el Concilio General de Basilea, celebrado en el siglo XV, había opiniones para todos los gustos entre los obispos católicos que asistieron a él. Siendo frecuente entre ellos la postura de que «el Papado era una institución humana y sujeta a alteraciones» (*Shorter Cambridge Medieval History*, 1952).

Ningún teólogo católico medieval había hablado claramente de la infalibilidad concreta y en detalle del Papa; ni siquiera el mayor de todos, Santo Tomás de Aquino, a pesar del papel que, como «pastor de la Iglesia universal» (S. G., IV, 76), pone en él. De los primeros es un español en pleno Renacimiento, el dominico Melchor Cano, quien asegura tener la opinión personal de que «negar la infalibilidad es herético» (*De Locis Theol.*).

Y Santo Tomás Moro confiesa que en el siglo XVI la opinión más común entre los teólogos era pensar que el Primado romano era de institución humana. Y él lo creyó así durante muchos años, hasta que al final de su vida cambió de opinión en contra de lo que pensaban todos los obispos católicos ingleses, salvo uno, el obispo Fisher (ver *Carta a T. Cromwell*, año 1534).

Ahora también descubrimos otros dos datos históricos decisivos: que entre 1800 y el año actual sólo ha habido dos definiciones dogmáticas hechas por los Papas. Y que durante los dieciocho siglos anteriores, los teólogos más optimistas —como el cardenal Billot— sólo encuentran en total diez definiciones infalibles de los Sumos Pontífices (ver *De Ecclesia Christi*, cardenal Billot, 1921). Y los documentos más usuales de los Papas, desde hace dos siglos, las encíclicas sociales, morales o religiosas, según la casi totalidad de los teólogos, nunca son ni han sido infalibles.

El catolicismo pienso yo que se define mucho mejor por lo que siempre fue, que no por lo que ha sido recientemente, y que —a la luz de la ciencia actual— habría que revisar su sentido exacto.

MIRET MAGDALENA